

Mirta Z. Lobato - Juan Suriano

LA PROTESTA SOCIAL EN LA ARGENTINA

Introducción

El 19 y el 20 de diciembre de 2001 se produjo en la Ciudad de Buenos Aires una intensa movilización popular que provocó la renuncia del gobierno de la Alianza, encabezado por el presidente Fernando de la Rúa. Los saqueos a supermercados y los cacerolazos se sumaron a los innumerables cortes de rutas, que se venían realizando en todo el país desde 1996. La magnitud de la protesta ha colocado en primer plano la reflexión sobre quiénes eran los actores, dónde se realizaban las demandas, las razones por las que se efectuaban los reclamos de los sectores populares y cuáles eran las raíces históricas del fenómeno. En este libro intentamos poner la protesta social en perspectiva histórica y responder parcialmente a algunos de los interrogantes planteados. Para hacerlo, hemos privilegiado los conflictos que se articularon desde comienzos del siglo xx alrededor del mundo del trabajo, aunque incorporando otros actores sociales cuando han significado un cambio sustantivo en el tono de la protesta.

Las formas recientes de la beligerancia operaron como comparadores para buscar cómo se fueron articulando los reclamos en el pasado. Pero no nos rige la idea de que las acciones de las personas se justifiquen a la luz de la evolución posterior, sino la de que en cada momento histórico se combinan y entrelazan factores estructurales, el rol del Estado, las prácticas políticas, sociales, culturales e ideológicas así como la experiencia de las personas, entendida esta última como un proceso de aprendizaje que vincula el mundo del trabajo con la vida cotidiana. Como resultado de esos entrecruzamientos se van dibujando actores sociales y políticos, repertorios de confrontación (huelgas, boicots, sabotajes, manifestaciones, reuniones), espacios de sociabilidad (sindicatos, círculos culturales, clubes, asociaciones), ritos (conmemoración del 1º de Mayo, el recuerdo de “los mártires”) y símbolos (banderas, consignas, cánticos) que configuran la protesta social.

También se van delineando los conflictos producidos en las ciudades y en el campo, en donde la población trabajadora experimentó la explotación y la opresión capitalista bajo formas diferentes: el despotismo de la clase dominante, la distancia entre trabajadores y empresarios, la parcialidad de la ley, la represión policial, la disciplina laboral, las largas jornadas y las malas condiciones de trabajo, y la discriminación política. Todo esto ha provocado frecuentes conflictos y agitaciones que adoptaron formas variadas de acuerdo a los diferentes contextos históricos y a la compleja relación con el Estado. Así, es cierto que hubo coyunturas en que la conflictivi-

dad social pasaba a un segundo plano o permanecía larvada debajo de la superficie, ya sea por la estabilidad económica, la paz social o el equilibrio político; cada uno de estos términos se combinó de manera diversa para canalizar las demandas populares y amortiguar la conflictividad social. Sin embargo, la historia argentina del siglo xx no transcurrió sin conflictos. Al contrario, está jalonada por ellos, y desde la propia conformación como país capitalista, la protesta de los nuevos actores sociales emergió con intensidad preocupando a las elites gobernantes que debieron apelar a concesiones de tipo político y social para neutralizar la intensidad de la protesta social. La imagen que se desprende de la historia argentina del siglo xx es la de una sociedad en donde se combinaron períodos en los que predominaba el consenso y la paz con otros en los que la protesta social ocupaba un lugar preponderante; como ocurrió con las luchas de los trabajadores durante la primera década de ese siglo, las huelgas en la coyuntura 1917-1921 y a mediados de los años treinta, la irrupción del peronismo una década más tarde, la alta conflictividad social y política de vastos sectores de la sociedad durante casi todo el período comprendido entre 1955 y 1976, y la reacción popular, desde mediados de los años noventa, frente a los resultados de la aplicación de las recetas neoliberales.

En el actual territorio de la Argentina se produjeron protestas sociales de diverso tipo y por múltiples motivos, que pueden rastrearse varios siglos atrás, llegando a reconocerlas en el protagonismo de las poblaciones indígenas que se levantaban contra los conquistadores y en defensa de sus comunidades. Rebeliones y actos de resistencia jalonan la historia argentina hasta el presente y, sin duda, pueden ser incorporados a un libro más extenso que de cuenta de la complejidad de las demandas y la heterogeneidad de los protagonistas. Como parte de esa historia, durante el siglo xix la resistencia al trabajo disciplinado, al ingreso a la milicia así como a los malos tratos de dueños y capataces en las estancias conformaron el cuadro conflictivo de las áreas rurales. Pero fueron las transformaciones de la sociedad argentina consolidadas desde fines del siglo xix las que dieron origen a conflictos que perdurarían durante el siglo xx.

En efecto, a partir de la consolidación del Estado nacional, la economía capitalista y la constitución de la clase trabajadora con intereses diferenciados de intereses de los patrones y el Estado, se fueron diseñando repertorios de confrontación que se convirtieron en el rostro visible de la protesta social durante buena parte del siglo xx. Manifestaciones, boicots, huelgas y sabotajes se perfilaron como los medios de lucha más apropiados, aunque no todos tuvieron igual impacto para impulsar los cambios que se reclamaban. Cuando la protesta trascendió las cuestiones reivindicativas de carácter económico para explotar sentimientos de solidaridad de clase, alcanzó un grado de profundidad mayor. De todos los repertorios, la huelga permaneció como forma predominante de lucha y de negociación colectiva hasta casi un siglo más tarde, cuando a partir de la implementación de políticas económicas neoliberales, se modificó el rol del Estado, se desindustrializó el país y se produjo una intensa desproletarización. Desde ese momento, la huelga perdió parte de su eficacia y su lugar fue ocupado por los cortes de calles y de rutas nacionales y

provinciales.

Durante buena parte del siglo xx, las huelgas definieron un espacio para el conflicto –el de las fábricas y sus alrededores– y delinearon una cultura obrera centrada en torno al lugar de trabajo. En cambio, las huelgas generales extendían la protesta al ámbito de la ciudad, convirtiendo las calles y plazas en el escenario de la confrontación. Huelgas parciales y huelgas generales así como manifestaciones callejeras fueron colocando el boicot y el sabotaje en un lugar secundario. Las fábricas y talleres diseminados en las ciudades resultaron escenarios propicios para las huelgas, pero las protestas podían extenderse a las calles adyacentes que, a veces, se convertían en verdaderos campos de batalla.

Las manifestaciones, en cambio, ocupaban el espacio público cercano a los iconos del poder: las plazas públicas. Era en esos espacios donde los trabajadores se mostraban a los otros (gobernantes, prensa, público en general) y demostraban sus peticiones. Las plazas albergaron cientos de actos, en particular los realizados cada 1° de mayo como parte de los rituales obreros. Las plazas Lorea, Miserere (Once de septiembre) y Congreso en la Ciudad de Buenos Aires fueron algunas de las preferidas para manifestar, reclamar y exigir diversos derechos. En el interior del país también se fueron marcando espacios cargados de simbolismo, y se puede afirmar que en cada ciudad hubo una o más plazas para expresar las demandas. Pero el espacio privilegiado de expresión política y social con mayor carga simbólica fue la Plaza de Mayo, frente a la sede de las autoridades de la Nación. No es nuestro interés historiar los usos y el simbolismo de la Plaza de Mayo, sino sólo destacar su relación con la protesta. Allí, desde 1945, cuando se congregaron los trabajadores que apoyaban a Perón, hasta el día de hoy, se fueron consolidando rituales de reivindicación política, social y de derechos humanos. No en vano el principal movimiento de derechos humanos surgido en el país se denomina “Madres de Plaza de Mayo”.

Las huelgas eran a veces acompañadas por un alto grado de violencia que se extendía al vecindario o a las adyacencias donde se concentraba una manifestación. Así sucedió en las huelgas generales de las primeras décadas del siglo xx, aunque la confrontación adquirió mayor territorialidad en torno a 1969, cuando se involucraron en el conflicto vecinos, estudiantes, empleados, artistas e intelectuales. La incorporación de estos sectores ampliando el arco de la protesta modificó el clásico modelo de movilizaciones estrictamente obreras, y comenzaron a ser designadas por los estudiosos con el nombre de “movimientos sociales”.

Cuando las protestas adquirían un carácter violento se debía generalmente a la escasa disposición de los grupos dominantes a reconocer los derechos de los obreros, quienes debían recurrir a medidas de fuerza para satisfacer, así fuese parcialmente, sus demandas. Además, a lo largo de la historia se pusieron escasos límites a la violencia del ejército y la policía que intervinieron en no pocas ocasiones a favor de los empresarios. Con el aumento de la represión luego del golpe militar que en 1955 derrocó al presidente Perón, se fue consolidando una cultura de la rebelión que privilegió el uso de la violencia como arma política. Sabotajes, tomas de fábricas y

rehenes conformaron la “resistencia” al régimen militar; y de esta forma los trabajadores no sólo reclamaban por sus reivindicaciones específicas sino también, y de manera inédita, por el retorno de su líder al poder. Sólo una década más tarde aparecieron las prácticas violentas de la guerrilla urbana, que, aunque no formaban parte de la protesta obrera, se entrometieron en ella amenazando o secuestrando empresarios y directivos con el fin, a veces, de obtener mejoras para los trabajadores.

Con la entronización de la dictadura militar, la violencia desde arriba no sólo se adueñó de los lugares de trabajo sino que derramó su manto de desaparición, tortura y muerte sobre un amplio conjunto de la sociedad. La acción represiva del Estado modificó profundamente el tono de la protesta, pues quienes se movilizaron (trabajadores, vecinos, jóvenes, artistas y mujeres) lo hicieron en buena medida y de manera novedosa, alrededor de los derechos humanos y en defensa de la vida.

Las formas de protesta se volvieron multiformes, y a la caída del régimen dictatorial, las profundas transformaciones de la vida económica, política, social y cultural bajo los efectos del neoliberalismo consolidaron una multiplicidad de caminos para efectuar los reclamos así como de diversidad de protagonistas y demandas. En un plano, los modos adoptados por la beligerancia social fueron los mismos de siempre, y los trabajadores ocupados siguieron utilizando las huelgas como herramienta tradicional aunque hubiese perdido su efectividad. En otro nivel, se configuraron modos emergentes de protestas, hasta que los cortes de rutas aparecieron como una herramienta eficiente para obtener respuestas a las demandas que la desocupación o la falta de inversión en “bienestar” habían provocado, y que las facciones políticas extendía y profundizaba las demandas.

La geografía de la protesta también fue cambiando a lo largo de todo el siglo xx. Al comienzo, las huelgas y manifestaciones se concentraban en la Ciudad de Buenos Aires, principalmente, y en menor medida en ciudades como Rosario o Bahía Blanca. Durante la década del treinta y particularmente en los años peronistas, los conflictos se desparramaron por todo el país, pero el corazón siguió latiendo en la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores. Desde los años sesenta se produjo una marcada regionalización de los conflictos, que convirtió a provincias como Córdoba, Neuquén, Río Negro, Misiones o Tucumán en epicentros de la protesta social. Al finalizar el siglo xx, la cartografía conflictiva se organizó en las zonas más distantes del centro político, desde la Patagonia hasta Salta y Jujuy, aunque el bloqueo de las rutas se extendió con rapidez hasta la propia Ciudad de Buenos Aires. En un complejo proceso, las protestas sintonizaron la música del apoliticismo, se integraron dentro de complicadas maquinarias políticas clientelares y, al mismo tiempo, las enfrentaron generando demandas de transparencia en la distribución de los recursos y en las decisiones que se tomaban. Además los medios de comunicación jugaron un papel importante en la difusión de los conflictos, reclamos y denuncias.

El libro tiene un presupuesto fuerte que organiza el relato: desde fines del siglo xix se fue conformando una sociedad sobre la base del trabajo productivo y una clase social, los tra-

bajadores, que luchó permanentemente para que patrones y gobiernos los interpelaran como interlocutores legítimos. A lo largo del siglo xx se fueron afianzando las herramientas de lucha que permitían amortiguar la explotación, y los trabajadores hicieron valer sus demandas avanzando hacia la obtención de la ciudadanía social. La opresión económica pero también política a la que fueron sometidos los trabajadores y el conjunto de los sectores populares durante las diversas dictaduras militares en los años cincuenta y sesenta favoreció la participación de otros actores sociales que se aliaron a la clase obrera, y convirtieron a la protesta social en un fenómeno más heterogéneo.

Sin embargo, desde el comienzo de la dictadura encabezada por el general Jorge Rafael Videla en 1976, con la aplicación sistemática de las políticas neoliberales, comenzó un proceso de desestructuración de la sociedad del trabajo que alcanzó su punto culminante durante la década menemista. La transformación de la economía fue de tal magnitud que el desempleo y el empleo ocasional se han convertido en elementos estructurales que modificaron de manera notable tanto la sociedad como sus comportamientos. Como lógica consecuencia, las viejas formas de organización y de protesta de los trabajadores si bien no han desaparecido han perdido vigencia y peso. Los sindicatos son débiles numéricamente; su capacidad de movilización, de presión y poder económico ha disminuido y buena parte de su acción ha quedado concentrada en los gremios de servicios, afectados por la racionalización estatal.

Por su parte, la multiplicidad de grupos y partidos de izquierda no han logrado, desde el advenimiento de la democracia en 1983, encauzar a los trabajadores formales, como había ocurrido a comienzos del siglo xx y, en parte, en la década de 1960. La transformación de una sociedad centrada en el trabajo, en donde las demandas centrales eran el aumento salarial o las mejoras en las condiciones de trabajo, en otra vinculada al desempleo y el empleo ocasional, asociada a la reivindicación de trabajo y de subsidios de desempleo, ha repercutido también en la composición de los actores involucrados y en las formas de protesta. Las huelgas persisten y coexisten con los nuevos repertorios, pero han perdido el lugar central que ocuparon durante casi un siglo, y hoy los obreros se aferran a los puestos de trabajo y ya no son los protagonistas centrales de la protesta. Ese lugar es ocupado por los excluidos del modelo (desocupados, cartoneros, beneficiarios de planes sociales estatales, vagabundos y mendigos), quienes dan forma a un nuevo cuadro de protestas, organizaciones y reclamos en donde los repertorios de confrontación privilegiados son los piquetes y cortes de rutas, pero también las tomas y los ataques a edificios públicos y propiedades de miembros prominentes del poder político.

Para poder mostrar las transformaciones en la protesta social hemos privilegiado en la organización de los capítulos los cambios en la estructura económica (sea en el agro o en la industria) y las transformaciones tanto de la población y del mercado laboral como de las características de las condiciones de trabajo y su impacto sobre las condiciones de vida. Las formas de organización tanto en los sindicatos como en los barrios y las corrientes políticas e ideológicas que contri-

buyeron a modelar las protestas también forman parte de este cuadro. Del mismo modo, se consideraron los cambios provocados en el nivel de lo político, pues afectaron las oportunidades, las formas y el curso de la protesta social. La acción de los partidos políticos podía tanto empujar las demandas como desviarlas de su curso; hubo matices en los modos de interpelación y en las reacciones frente a la protesta de los sectores populares que diferenciaron a conservadores, radicales, peronistas y otras fuerzas políticas. Los vínculos de los reclamos con la política se basaron en una compleja trama de relaciones que dieron forma a la experiencia del clientelismo, que, por otra parte, fue modificando sus mecanismos y sus redes para intercambiar promesas por votos, sobre todo a partir del fin de los gobiernos dictatoriales de origen militar. También las transformaciones del Estado ejercieron su influencia en las modalidades de la protesta, pues no era lo mismo una actitud prescindente e indiferente a los problemas sociales que otra más comprometida e intervencionista, claro que entre una y otra se desplegó una amplia gama de matices.

En el libro se dibujan las protestas que se convirtieron en centrales a lo largo del siglo xx y se coloca a los trabajadores como actores principales, aunque rodeados de un coro amplio de personajes secundarios que, a veces, podían llegar a ocupar el centro de la escena. Pero el panorama real de la protesta es mucho más amplio, y queda al margen de estas páginas un conjunto heterogéneo de actores y motivaciones. Permanecen en la sombra los diversos levantamientos de las poblaciones indígenas en el norte santafecino y en el Chaco, que, durante los años 1903, 1905 y 1924, se alzaron en armas para defender un mundo que veían como irremediablemente perdido, así como los reclamos más recientes de los grupos indígenas en defensa de sus tierras y del medio ambiente. También faltan las resistencias campesinas del norte, entre otras, porque aún son poco conocidas.

En el primer capítulo se explica la consolidación de la economía capitalista y la articulación de una sociedad del trabajo donde los productores, como resultado de las experiencias compartidas, protestaron, se organizaron y dieron forma a una cultura del trabajo internacionalista, acorde con los influjos ideológicos del anarquismo y del socialismo. Esa cultura del trabajo reclamó mediante el arma de la huelga, parcial o general, activa o de brazos caídos, el derecho a una vida mejor así como a organizarse y protestar. En el segundo capítulo se muestra la consolidación de la huelga como repertorio de confrontación y la activa participación del Estado en la regulación de la misma. Al mismo tiempo se examina el surgimiento y el desarrollo del comunismo en el seno del movimiento obrero y la emergencia del peronismo, que se convirtió en la identidad política y social dominante de los sectores populares. En el tercer capítulo se abordan los cambios en los repertorios de confrontación a la luz de las crisis políticas, con sus ciclos de inestabilidad política y alternancia entre gobiernos civiles y militares; el impacto de la represión y la vinculación de los trabajadores con otros sectores sociales como los estudiantes; y el papel de la guerrilla. En el último capítulo se destacan los cambios en los repertorios de confrontación durante la dictadura y en la democracia.